

La resaca

El silencio que acompañó tu partida sigue inundando cada centímetro cuadrado de este solitario apartamento. Ya no escucho el continuo taconeo que solía servir de banda sonora a los pasillos de esta casa, y la que fuera nuestra cama se encuentra sumida en una profunda depresión sin retorno: ya no hay mujer que la visite. Hasta he llegado a evocar los banales detalles que acompañaron a nuestra convulsa convivencia, las sonrisas clandestinas que nos regalábamos muy de vez en cuando, los besos procedentes de tus labios recubiertos en exceso del carmín más rojizo, los instantes en los que el silencio se hacía cómplice, momentos en los que nos mirábamos a los ojos y callábamos, porque sencillamente las palabras estaban de más y no hacían otra cosa que estropear nuestras deliciosas miradas. Por desgracia, eran más los intervalos en los que se interponía el desamor. Las palabras se volvían ofensas y los reproches dejaban paso a interminables noches en vela en las que normalmente yo acababa durmiendo en el sofá en el que me encuentro ahora. Supongo que era algo que tenía que suceder. Supongo que era mi destino, acabar aquí, sentado frente a un televisor oscuro, fumando este tabaco negro que tanta repugnancia me produce, pero que soy incapaz de dejar de lado, pues me aferro al efecto de la nicotina en detrimento de tus caricias. Seguiré bebiendo este maldito whisky de cuarenta pavos la botella hasta que no pueda más y caiga rendido, vencido por el alcohol y arropado por la única compañía de la cortina de humo que se desprende de mi maloliente boca. Despertaré con dolor de cabeza. Cuando recobre la noción de lo sucedido, me acordaré de que sigo aquí, en la soledad de mi apartamento, sin nadie a mi lado, porque dejé escapar a la única mujer por la que me he sentido amado y a la que considero que entregué el escaso amor que puede segregarse los poros de mi resquebrajada epidermis. Despertaré sin objetivos en la vida por los que luchar y maldeciré mi suerte, como si ella tuviera alguna culpa por lo sucedido.

Es la consecuencia de tener una personalidad inestable y huidiza ante los problemas que han ido presentándose a lo largo de mi paupérrimo existir. Siempre he optado por tomar el camino sencillo. Detesto sortear obstáculos y tomar curvas cerradas. Siempre he sido más de carreteras rectas, de apoyar el brazo izquierdo sobre la ventanilla y mirar hacia el frente, recorriendo kilómetros sin tener que frenar ni abusar del volante. Esa es la conducta que me ha traído hasta aquí; con cuarenta años recién cumplidos, sin pareja, ni trabajo, ni hijos, y sin más responsabilidades en la vida que levantarme cuando me plazca y acostarme cuando se acabe el whisky y el tabaco. Tres

años de relación tirados por la borda. Resulto un ser tan cínico, frío e inmaduro que no tuvo ni la decencia de llamarla cuando se fue. Cualquiera otro hombre en mi lugar hubiera luchado por un amor que hacía tiempo que se estaba fragmentando en pedazos, quizás desde el mismo instante en el que mantuvimos la primera cita. En mi interior no hay cabida para otra persona que no sea yo mismo, mis problemas, mis inquietudes, mis tonterías. Cómo puedo esperar que alguien me quiera si yo no entrego al menos una parte de ese mismo sentimiento que recibo. Me di cuenta de mi error tarde, pero poco o nada me importó. Resulto un ser demasiado hermético, impenetrable. Mi cuerpo y mis gélidos sentimientos se encuentran recubiertos por una coraza infranqueable, fabricada a golpe de decepciones y fracasos, un escudo que me impide ver la realidad que se esconde más allá de los cristales de este asfixiante apartamento. Sé, o al menos yo quiero pensarlo así, que gran parte de esa culpa es debida a mi traumática infancia. Aunque quizás esa solo sea la excusa perfecta que me exima de mi comportamiento inmaduro y prepotente. Tal vez nada más que sea eso. Lo único cierto es que me encuentro aquí, sin más compañía que la de esta botella de whisky medio vacía, arropado por un cenicero lleno de colillas de un tabaco que ya dije que detesto, con un televisor que me atormenta con su perpetua imagen oscurecida y con un sofá que anhela acogerme en su regazo con el único propósito de acallar esta boca que no cesa en su empeño de decir sandeces.

Mañana volverá a salir el sol por el mismo sitio por el que acostumbra. Aunque sinceramente, no me incomodaría demasiado no volver a sentir ese enérgico brillo cegando mis castigadas pupilas. Considero que gran parte de aquello que vine a hacer a este corrompido mundo ya lo hice. Quizás he vivido demasiado deprisa, apurando al máximo los primeros años de mi frenética existencia, tanto que llego a los cuarenta sin excesivas expectativas de futuro.

El alcohol se va acabando y noto un tapón de asquerosa nicotina en mi saturada garganta, lo que me hace casi imposible seguir respirando. Quizá sea hora de ir echando el cierre a estos penados párpados que a duras penas se sostienen. Dormiré el tiempo que dure en mi organismo este maravilloso brebaje que me acoge en su refugio. Luego divagaré bordeando la delgada línea que divide lo real de lo ilusorio, surcaré los bellos sueños que se confunden con horripilantes pesadillas: lamentándome por lo que pudo ser y no fue, añorando no haber vivido una vida mejor y, por momentos, apenándome por el simple hecho de seguir tragando bocanadas de aire infectadas de hálito de vida. Me odiaré en el mismo instante en el que ese enorme y detestable astro cruce la escasa

abertura que conecta el mundo de los otros con el nebuloso salón e impacte con mis aún aturcidos párpados, devolviéndome un día más a la realidad más sórdida que un ser humano como yo puede imaginar, que no es otra que la de seguir caminando por este sendero de infamia y mentiras. Una vez despierto y sobrio, la muerte me parecerá una quimera: algo que solo le sucede a la gente con suerte, y yo nunca he andado sobrado de eso.

El ensordecedor sonido que produce el mil veces maldecido teléfono me rompe un sueño que comenzaba a resultar placentero. Noto una presión desmesurada en mi cabeza, directamente proporcional a la cantidad de alcohol ingerido hace escasas horas. A duras penas extiendo el brazo en dirección a la mesita donde se encuentra situado el dichoso móvil que no cesa en su empeño de devolverme a una realidad que yo daba por esquiva hasta hace un escaso instante. Voy palpando con la palma extendida de mi mano todo aquello que se cruza en mi trayectoria. Mis holgazanes ojos aún se encuentran más cerrados que abiertos, de lo que es culpable el etanol que sigue fluyendo por mis saturadas venas con total impunidad y que se niega a abandonar un cuerpo acostumbrado a cobijarlo. Tras varios intentos infructuosos, y tras haber caído al suelo varios objetos que no alcanzo a distinguir ahora mismo, al fin logro hacerme con el control del inoportuno aparato. Mi primera intención es la de estamparlo contra la pared más cercana, hacerlo añicos y tratar de conciliar el sueño nuevamente, pero una imagen surca mi obstruida memoria con una velocidad impropia de una cabeza en tan mal estado. El retrato de la mujer que solía ocupar el lado izquierdo de mi desértica cama retumba con fuerza en mis retinas, haciéndome creer, por un momento, que el timbre que lleva varios minutos martirizándome en escasos segundos podría pasar a convertirse en la más bella de las melodías. Mi subconsciente, que no es más que un pobre iluso en busca de una utopía, aún sigue creyendo que la vuelta de la mujer ausente es posible, como si no me hubiera dejado bien claro que no volvería a pisar el suelo de este cutre apartamento. Aún así, una nimia parte de mí aún confía en que sea ella la que se encuentra al otro lado de la línea, y mi mano obedece a mi desalentado corazón acercando el dichoso móvil a mis cada vez más abiertos ojos, tratando de despejar la duda de la llamada y cruzando los dedos de mis descalzos pies, como si ese truco tan infantil fuese a surtir algún efecto. Abro bien los ojos y concentro todos mis sentidos en la luminosa pantalla que no cesa de lanzar bramidos. Estoy nervioso, superado por un sentimiento de emoción que daba por abandonado. Leo el nombre que aparece junto a

una foto en la pantalla del móvil, ahora la ilusión que me invadió por un efímero instante se convierte en frustración. No es más que mi hermana. Ya decía yo que aquello era imposible. A pesar de separarnos tantos kilómetros de distancia, ahí se encuentra ella, incordiando a través de las malditas bandas de radiofrecuencia, como si estuviera al lado del sofá dándome toquecitos con el dedo para despertarme. Dudo si cogerlo. Espero un par de toques más a ver si se cansa y cuelga, pero el teléfono sigue sonando, así que al fin pulso la dichosa tecla verde. De mi boca solamente brota un tenue hilo de voz. — Diga —. Es todo lo que atino a decir. Y callo, dejando que sea mi hermana quien cargue con el peso de la llamada. Me limitaré a asentir hasta que se aburra y acabe colgando el maldito teléfono, pero mi hermana no habla, se limita a sollozar, o, al menos, eso interpreto yo. Así transcurren varios segundos más en los que yo trato de oír lo que mi hermana dice y en los que ella se limita a expulsar palabras entrecortadas mezcladas con el triste gimoteo que produce su lastimoso llanto. Al fin logro reaccionar y me decido a preguntarle qué es lo que le sucede, con un tono de voz que pretende dar muestras de cierta complicidad entre hermanos. Le lanzo un: *¿Estás bien?*, y me quedo al otro lado de la línea, aguardo su respuesta. Un “sí” algo turbio es lo máximo que puedo llegar a descifrar. Mi hermana trata de hilar una frase coherente, inteligible para los oídos, pero antes de comenzar la oración, empieza de nuevo con los llantos. Trato de imaginar qué puede ser aquello que le produce tanta angustia a mi pequeña hermanita: pienso en el marido, que a lo mejor se ha ido con otra, pero no creo que sea eso, una mujer como ella acudiría a una amiga antes que a mí. Entonces deduzco que le ha tenido que suceder algo a alguno de sus dos hijos. Sí, debe de ser algo relacionado con eso. —Se trata de papá, ha muerto—. Las palabras que al fin logran desprenderse de la desgarrada garganta de mi hermana me cogen de improviso, me asaltan aprovechando que me encuentro abstraído en pensamientos que distaban un mundo de la verdadera noticia. “¡Mi padre muerto!”. Me quedo callado. Mi hermana, algo más tranquila, me pregunta si sigo aquí. No contesto. No pensé que ese fuera el objeto de la llamada. Hacía tiempo que daba por muerto a ese hombre. ¿Qué quiere mi hermana que haga yo al respecto, que llore como lo hace ella, que deje mi penosa vida en esta ciudad y salga presuroso en su búsqueda para que podamos fundirnos en un tierno abrazo fruto de la falsedad más absoluta? Hace tiempo que dejé de simular cosas que no siento, entre otros motivos porque se me da fatal fingir y eso no le hace ningún bien a mi aturrida moralidad. Mi hermana es consciente de las penalidades por la que

me hizo pasar ese hombre, y el término hombre le queda considerablemente holgado. Y a pesar de ello, me llama buscando algo de mí que aún no alcanzo a entender.

— Pues habrá que darle sepultura. Encárgate tú y ya me cuentas qué tal ha ido—. Son las únicas palabras que encuentro. Además, son frías, como ya debe de estar el cuerpo de mi padre, pero sinceras, como al menos pretendo que sea cada vocablo que expulsa mi boca, cosa distinta es el aliento impregnado de alcohol.

— Esperaba algo así por tu parte. Sigues introducido en tu caparazón, ausente del mundo y sin olvidar un pasado que no fue fácil para nadie. Como si la vida solo tuviera ojos para ti. Te sientes el epicentro del mundo, odiado por todos, pero solo eres una víctima que huye y no afronta los problemas como yo lo hice.

Me sorprenden las palabras que pronuncia mi hermana. Se ha cortado el llanto que inundaba nuestra conversación. Admiro su entereza. Siempre fue una niña fuerte y me siento orgulloso de ella. La verdad es que no sé qué más contestarle, así que hago aquello que mejor sé hacer, guardar silencio y esperar a que sea ella quien hable.

—Solo te llamaba para decirte que tu padre ha muerto y que será enterrado mañana lunes por la tarde. Sé que no vendrás, pero mi deber como hermana era decírtelo. Que sea tu conciencia quien te juzgue, yo no soy quién para hacerlo. Adiós, Carlos.

No hay tiempo para más palabras. El adiós que parte de mis labios se pierde entre el sonido intermitente que dictamina el final de la llamada. No digo nada más, porque no tengo nada más que decir. Cualquier sílaba expulsada por mi boca no hubiese sido otra cosa que la interrupción de un diálogo que estaba preparado de antemano, desde el mismo instante en el que mi hermana decidió marcar mi número. Me incorporo con la pesadez que mi resacoso cuerpo me permite, lanzo el molesto teléfono todo lo lejos que puedo y enciendo el primer cigarrillo negro de esta mañana de domingo.

Y quedo aquí, frente al televisor sin imagen, observando el humo que desprende mi maloliente boca y sin pensamiento alguno que surque mi trastornada mente. Trato de encontrar aunque sólo sea un centímetro de sentimiento de culpa que se encuentre agazapado en algún lugar de mi combativo cuerpo, alguna lágrima que quiera asomar

por mi resacosa mejilla y que me haga compañía, pero me es imposible. Me encuentro vacío como la botella de whisky que yace tumbada sobre la alfombra. Intento pensar en el hombre que acaba de morir, buscando algún instante en el que me sintiera querido por él, con alguna caricia suya o algún consejo que me diera, pero no hay nada. Sólo recuerdo dolor, reproches y otras tantas cosas que no me hicieron feliz. Y entonces comprendo el origen de mis ennegrecidos sentimientos, mi falta de lágrimas por su muerte y la ausencia de culpa por no quererlo. Ese hombre ha marcado al hijo que ahora no llora su muerte. Sólo él se puede considerar el maestro que labró mi conducta fría y carente de emociones hacia los demás. He odiado tanto a mi desgraciado “padre” que me he convertido en su copia barata, imito sus actitudes, he adquirido sus vicios e incluso desecho a las personas que me rodean por el simple hecho de no creerlas merecedoras de mi presencia. El discípulo lleva camino de superar al maestro. Porque hubo una época, puede que fruto de la enfermedad, en que ese hombre llegó a perdonar mis pecados. Pero yo no estoy dispuesto a absolver los suyos. El único sentimiento que percibo es una finísima sensación de victoria que recorre mi cuerpo de pies a cabeza, sabedor de que he ganado la partida al hombre que pronto yacerá bajo el suelo. No hay más sensaciones. Sólo ese eufórico y despreciable cosquilleo.